

LA CAJA VACÍA

Anabel Samani

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *La caja vacía*

© *Anabel Samani*

Visita mi web www.anabelsamani.com

Edición publicada en noviembre de 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Anabel Samani

LA CAJA
VACÍA

*Para mi marido, por proteger mi luz en las
noches de tormenta.*

– Índice –

1. <i>La caja cerrada</i>	11
2. <i>La casa</i>	29
3. <i>El desván</i>	59
4. <i>El hospital</i>	97
5. <i>La tienda</i>	129
6. <i>El museo</i>	157
7. <i>El coche</i>	165
8. <i>La sala del artista</i>	183
9. <i>El cementerio</i>	203
10. <i>La caja repleta</i>	227
11. <i>La tumba</i>	277
<i>Epílogo</i>	287
<i>Agradecimientos</i>	289
<i>Nota de la autora</i>	291

1. La caja cerrada

(2007, Octubre)

1

George subió al desván. Odiaba subir al desván. Esa escalera, ruidosa y endeble, alteraba sus nervios convirtiendo en un suplicio subir, y después bajar, sus ocho escalones. Pero los disfraces estaban allí, alguien tenía que subir a buscarlos y no iba a ser Gina, el trabajo sucio siempre le tocaba a él.

Trepó por la vieja escalera de madera mientras cada paso era seguido de un chirriante e intranquilizador crujido. Había que cambiar los escalones antes de que hubiera un accidente. Lo arreglaría en primavera. Y Gina le ayudaría. De esa no se iba a librar.

Cuando por fin puso los pies sobre el suelo del desván suspiró aliviado. Fase 1, Ascenso, superada. Fase 2, Descenso, aplazada unos diez minutos.

Alumbró la oscuridad con la pequeña linterna de su llavero, enfocando el techo hasta que vislumbró el interruptor de cadena, ya algo oxidada, de la única luz del trastero. Tiró dos veces de la cuerda (a veces se atascaba, otra cosa que había que arreglar) hasta que se encendió la bombilla y pudo apagar su diminuta linterna.

Percibió un olor polvoriento y pesado. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había ventilado la estancia? Seguro que demasiado. Abrió la pequeña ventana redonda, un ojo de buey por donde apenas se filtraba la luz de

las farolas de la calle, para dejar entrar aire fresco. Respiró profundamente mientras miraba el cielo, oscuro y sin estrellas. Si no hubiera farolas podría verlas. No era ningún aficionado a la astronomía, pero cuando por las noches, sentado en el porche con una cerveza en la mano, miraba al cielo y no veía más que dos o tres puntos luminosos, las echaba de menos. Los brillantes cielos nocturnos era lo que más añoraba de su pueblo en Kansas.

No eran las estrellas lo que le había traído al desván, sino encontrar unos viejos disfraces de piratas para la fiesta de Halloween porque a su mujer le había dado un ataque de conciencia medioambiental. Últimamente las palabras reutilizar y reciclar se habían convertido para ella en dos nuevos mantras.

Miró a su alrededor y vio más cajas de las que recordaba. Se podrían decir muchas cosas de Gina, tal vez no todas buenas, pero una de sus virtudes era el orden. Guardaba todo en cajas, archivadores y carpetas en cuyo exterior pegaba metódicamente un papel detallando su contenido. Esa manía de su mujer le ahorraría tiempo y trabajo. Una vez que hubiera hallado las cajas.

Él subía los trastos al desván y no era, aunque en esos momentos le habría gustado, tan ordenado como su mujer. ¿Habría puesto todas las cajas de disfraces juntas? La respuesta era no. Eso es lo que hubiera hecho Gina. Él las había ido dispersando por todos los rincones según las había ido subiendo, ocupando cualquier hueco vacío y disponible. Lo que tenía claro es que estaban allí... en algún lugar.

El desván era grande y tenía muchos rincones donde densas telarañas dejaban ver la falta de limpieza. Había montones de cajas, muebles viejos, baúles y cacharros inútiles que se amontaban en ese lugar sin motivo aparente. Aún quedaba espacio en la habitación, pero había muchas cosas, demasiadas, y no solo de ellos, sino también del anterior propietario. Al mudarse habían encontrado la casa llena de trastos. El dueño anterior, un ermitaño inglés con fama de huraño, había muerto unos años antes y alguno de sus parientes había puesto la casa en venta sin ni siquiera pasarse a recoger las fotos. Gina y él se habían deshecho de ciertas cosas sin valor, pero

por un sentimiento que se podía definir como de respeto, se habían quedado con aquello que les parecía muy personal. La segunda noche que habían pasado en la casa Gina le había pedido que marcara las cajas con las pertenencias del inglés y las subiera al desván. Al recordarlo se dio cuenta de que esa segunda noche había aceptado, sin saberlo, un trabajo de por vida.

George miraba abrumado a su alrededor. Entre tantos cachivaches, ¿dónde habría colocado los disfraces de piratas? Intentó recordar dónde había dejado la última caja, sin embargo, por más que se esforzó su memoria no le dio ninguna respuesta. Había sido el año anterior. De eso estaba seguro. La caja contenía los disfraces de las dos últimas fiestas de Halloween, unos de zombies, y los otros de médico y enfermera. Doctor y enfermera le había sonado muy sensual cuando Gina se lo había propuesto, en cambio, habían resultado ser unos disfraces bastante insulsos con batas largas hasta las rodillas, mascarillas blancas y pantalones verdes sin forma manchados de sangre falsa. Hasta el momento en que habían llegado a casa. Entonces Gina se había quitado la poco erótica bata dejando al descubierto su muy erótica ropa interior: un conjunto azul profundo de encaje francés. Eso lo recordaba perfectamente, igual que su sonrisa invitándolo a ponerle una inyección. Fue un buen Halloween, él recibió sus caramelos, y fueron muy dulces.

Localizó un par de cajas de plástico transparente con ruedas, iguales a las que usaba Gina para guardar los disfraces, con un poco de suerte habría acabado la misión con éxito y rapidez. Se decepcionó al leer las etiquetas de las tapas: Trastos de cocina.

—Pues a seguir buscando —se dijo a sí mismo en voz alta.

En la esquina izquierda era donde más cajas había apiladas, unas encima de otras sosteniéndose en equilibrio precario. Y como la Ley de Murphy diría que si buscas algo estará donde te lleve más trabajo encontrarlo, decidió que allí era donde debía buscar.

Movió a un lado unas cajas de cartón con grandes letras en rotulador rojo: «Antiguo propietario». Detrás encontró un par de baúles que contenían ropa vieja y una caja con los disfraces de esqueletos. Se habían vestido de piratas al año siguiente, así que tal vez la que buscaba estuviera cerca.

Siguió apartando trastos y encontró los disfraces de Cleopatra y Marco Antonio. Su tiempo en el trastero había terminado. Este año volverían a vestirse de los antiguos amantes. Si había que repetir indumentaria en beneficio del planeta, prefería ver a Gina convertida en Cleopatra: ese disfraz sí que era erótico.

Sacó el traje de Marco Antonio y lo sostuvo delante de él. A pesar de haber cogido algún kilo podría enfundarse en la coraza del general romano. Cogió también el de su mujer y dio su tarea por concluida.

Resignado ante la perspectiva de volver a oír rechinar la escalera bajo su peso, se puso en pie para dar comienzo a la fase 2 de la incursión: Descenso. Al levantarse, sus pies se enredaron con la larga tela del vestido egipcio, trastabilló y cayó de bruces golpeándose la rodilla con la esquina de un recio baúl. Un dolor punzante le atravesó la articulación y soltó un pequeño grito agudo, como el de un pollo tímido que llama a sus padres pidiendo comida.

Entonces la vio. Había estado en su ático desde que se habían mudado años atrás, pero ni él ni su mujer habían reparado en ella. Era una caja cuadrada, no muy grande, del tamaño de una jaula para hámster, construida con toscos tablones de madera de embalar. Debía de haber pertenecido al antiguo propietario, la gruesa capa de polvo que se había depositado sobre ella indicaba que llevaba mucho tiempo allí.

Pasó la mano por encima de la tapa retirando la cobertura de suciedad y telarañas rotas, abandonadas por sus creadoras años atrás, dejando al descubierto un papel escrito a mano protegido por un pequeño plástico. Su palma había quedado completamente gris. Sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo de papel para limpiar su mano y la etiqueta.

La letra era bonita, redonda y suave. George, que como profesor de secundaria había visto cientos de letras, apostaba

a que lo había escrito una mujer. La tinta se había desgastado, al igual que el papel, amarillento y arrugado por el paso del tiempo.

“Expedición 03-10-1968.

Origen: Luxor. Egipto.

Destino: Museo de Historia Antigua. Londres.

NO ABRIR”

Las palabras Museo de Historia Antigua y Egipto llamaron su atención. Ayudándose del pañuelo limpió un poco la caja por los laterales, donde aparecieron unos trazos rojizos que sin duda eran letras. Se concentró en frotar esa zona hasta que en el lateral izquierdo pudo leer FRÁGIL y en el derecho URGENTE.

¿Habría visto Gina alguna vez esa caja? Lo dudaba. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había subido al desván. ¿Y él? Para ser sincero consigo mismo nunca había prestado demasiada atención a lo que quedaba relegado en el cuarto de los trastos inútiles.

Observó la caja preguntándose si contendría algo valioso o solo el recuerdo de alguna excursión. La curiosidad empezó a andar por su nuca como si fuera una fila de hormigas. La tapa estaba clavada con gruesos clavos. Para abrirla iba a necesitar un martillo.

—¿George? ¿Qué haces? ¿Encuentras los disfraces o no?

Era Gina llamándole desde las escaleras. Debía de llevar en el ático más tiempo del que creía.

—No. Sí. Ehhh... —Tras un titubeo creyó que la respuesta correcta era negativa—. No.

—¿Sí o no?

—Es que he encontrado una caja.

—Genial. Espero que hayas encontrado más de una.

George ignoró el tono sarcástico de su mujer.

—¿Me puedes traer un martillo?

—¿Qué? ¿Para qué?

—Para abrir una caja.

—¿Una caja?

Amaba a Gina, lo juraba sobre la Biblia, pero a veces era desesperante. ¿Por qué nunca podía hacer lo que le pedía sin tener que preguntar, y preguntar, y preguntar? Se acercó a la trampilla del desván con los disfraces en la mano y sacando la cabeza por el hueco, con mucha paciencia, le dijo:

—Acabo de ver una caja que no es nuestra. Se la debió de dejar el hombre que vivió aquí antes, ya sabes, el inglés. Pero está cerrada con clavos. Quiero abrirla. Por favor, ¿me traes el martillo?

—Pero ¿has encontrado los disfraces o no?

Gina, como siempre, seguía el hilo de su propia conversación. George le tendió las ropas a través de la trampilla.

—Nos vamos a disfrazar de Marco y Cleo. —Gina arrugó la nariz—. Me gustan más que los de piratas aunque no den miedo —añadió ante el gesto reacio de su mujer.

Con un suspiro, Gina aceptó la propuesta de su marido y cogió las prendas. Tenía prisa por bajar a la cocina.

—Vale, George. Pero baja ya. Está la cena.

—Iba a abrir esa caja... —George no pudo acabar la frase. Gina lo interrumpió.

—Es que ya está la cena. ¿No la puedes abrir otro día? Son espaguetis, sabes que odio la pasta fría.

George lo sabía muy bien. La pasta y cualquier cosa que no hirviera. Desde abajo, Gina le miraba con sus ojos negros azabache mientras ponía unos morritos que pocas veces no conseguían convencerle de cualquier cosa.

—Está bien.

Gina notó la decepción en la voz de su marido.

—Si esa caja ha estado ahí varios años, podrá esperar un poco más, ¿no?

George no le contestó, solo la siguió hasta la cocina.

Cuando se sentaron a cenar la comida estaba templada. Gina soltó un gruñido desaprobador. Masticaba y tragaba tan rápido como su mandíbula le permitía intentando evitar que la temperatura siguiera descendiendo. Su marido, en cambio, revolvía el plato silencioso y conducía el tenedor descuidadamente hacia su boca de rato en rato, al tiempo que miraba de reojo hacia el techo.

—¿Qué has encontrado allí arriba? ¿Una caja con la tapa clavada? —preguntó Gina intentando mostrar interés por el hallazgo de su marido.

—Ajá.

—Es muy raro eso de que esté clavada. ¿No?

—No. Eso no es raro, es una de esas cajas de embalaje de madera barata que se usan en los transportes. Lo raro es que tiene una etiqueta que pone Egipto y Museo de Londres de Historia Antigua y...

Gina soltó una risita incrédula. Ahora lo entendía.

—¿Crees que tenemos una caja del Museo de Historia Antigua de Londres! —Gina negó con la cabeza—. Lo más probable es que sea una caja reutilizada para guardar trastos. Uno no tiene en su desván cosas de los museos de Londres. Apuesto a que solo habrá horribles vajillas o figuritas de escayola —concluyó Gina.

George se metió los últimos espaguetis en la boca y los tragó de mala gana. Eso era lo más probable. No había ningún misterio. Posiblemente.

—Pero ¿por qué guardar una vajilla en una caja que hay que cerrar con clavos en vez de en una de cartón?

Gina no se molestó en contestar. La caja que su marido había encontrado no le despertaba el más mínimo interés.

—Lo que me pregunto es cómo no la has visto antes —dijo señalándole con el dedo índice.

—¿Yo?

—Yo casi nunca subo al desván.

Gran verdad. George se limitó a encogerse de hombros. Gina comenzó a recoger los platos y meterlos en la pila.

—Friego yo. Sube a abrir esa caja y ya me dirás las valiosas piezas arqueológicas que encuentras.

Su mujer había conseguido matar el interés del asunto.

—No. Friego yo. Tú acuéstate.

Gina no se hizo de rogar. Las últimas semanas ella y todos sus compañeros, incluyendo a su jefe, habían trabajado veinticinco horas al día para sacar adelante un proyecto publicitario que les daría un beneficio de más de doscientos mil dólares. El esfuerzo había dado frutos, esa mañana les habían

contratado la campaña, pero los ojos se le cerraban y tenía ganas de echarse a dormir y no despertarse hasta que fuera mediodía.

—No sabes cuánto te quiero —dijo dándole a George un beso que logró que cierta parte de su anatomía cambiara de posición.

Su marido, en respuesta, la cogió por las caderas y la atrajo hacia sí.

—Eso espero. Y que Cleopatra me lo agradezca con más de estos. —Sus lenguas jugaron unos segundos—. Si quieres dormir esta noche —dijo George separándose de ella—, será mejor que subas ahora mismo a la cama o no te prometo portarme bien.

Gina se dio la vuelta con una sonrisa pícaro en los ojos mientras desaparecía por la puerta de la cocina.

George inspiró y expiró varias veces y, más calmado, empezó a fregar los platos. Mientras enjabonaba los cacharros, se imaginó a su mujer vestida de Cleopatra desnudándose lentamente junto a un baño de espuma. Una fantasía demasiado provocativa para una noche de abstinencia autoimpuesta. La imagen de la famosa reina de Egipto funcionó como un resorte que envió a su pensamiento de vuelta al desván. Luxor se coló por su mente. La ciudad egipcia del Valle de los Reyes. Sugerente y excitante.

Colocó el último vaso en el escurridor y con la cabeza puesta en pirámides y faraones, se sentó en el salón frente a su portátil y tecleó en Google «Luxor Wikipedia». La enciclopedia colectiva no era el recurso más fiable, por más que sus alumnos se empeñaran en copiar textualmente su contenido en cada trabajo que les mandaba, pero para hacerse una idea rápida podría valer.

Encendió un cigarrillo y aspiró su aroma degustándolo con la misma satisfacción que sentiría un sumiller ante uno de esos vinos franceses de nombres empolvados. Gina llevaba años atosigándole para que dejara ese «vicio asqueroso», y aunque siempre le prometía que más adelante lo haría, era consciente de que mentía. Adoraba el sabor de la nicotina. Era

un adicto, lo sabía y no le importaba, demasiado. A veces pensaba en sus pulmones. Entonces sí le importaba, un poco.

La Wikipedia le informó de que la ciudad de Luxor tenía una población de casi medio millón de personas. Era, junto con Karnak, conocida como «la ciudad de los grandes templos». En sus cercanías se encontraban el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas. Se edificó sobre las ruinas de la antigua ciudad de Tebas, a las orillas del Nilo. Vivía básicamente del turismo. Nada que no supiera.

Volvió a Google y eligiendo Maps decidió darse un paseo por la ciudad de Luxor. Una galería fotográfica le dejó boquiabierto. Las imágenes se movían y cambiaban de luz en unos instantes, al anochecer el templo de la ciudad se volvía aún más hermoso y enigmático. Deseó estar allí en esos momentos. ¿Por qué no habían ido nunca él y Gina? Acababa de elegir el próximo destino de vacaciones. Un crucero por el Nilo visitando Luxor, Karnak, las pirámides y los museos.

Navegando un poco más por la red descubrió que en el Valle de los Reyes se encontraba la tumba de Tutankamón. No sabía mucho de Egipto, pero sí conocía a Tutankamón. Él y Cleopatra debían de ser los únicos soberanos del Imperio egipcio que todo el mundo había oído nombrar. Tan famoso como el romance entre Marco Antonio y la seductora reina, era el hallazgo de la tumba del faraón repleta de tesoros incalculables. Arropado por el humo de su cigarrillo, dejó volar su imaginación y se convirtió en un aventurero en el desierto, excavando tumbas, luchando contra la arena y el sol abrasador, encontrando ruinas perdidas y valiosas reliquias.

Y en su desván se encontraba una caja que quizá hubiera estado en Egipto, viajado hasta Londres y continuado su periplo hasta terminar en Maine, Estados Unidos de América. ¿Y si el antiguo propietario sí hubiera sido un aventurero en el desierto? Era posible, en realidad no sabía nada de él, salvo que era inglés. O tal vez había participado en una expedición arqueológica. En cualquiera de los casos, lo envidió por ello.

Intentando mostrarse racional, concluyó que probablemente dentro solo hallaría cosas sin valor olvidadas tras una mudanza, tal y como opinaba su mujer. Vajillas o figuritas de

escayola horribles. Tal vez libros viejos. Solo eso. Aun así quería verlos. Una caja sellada con clavos que podía proceder de Egipto ofrecía un misterio suficientemente incitante.

Apagó la pequeña colilla en que se había convertido su cigarrillo. Subiría a abrir esa caja.

Ahora.

Para desclavar la tapa necesitaría el martillo de carpintero, que estaba en algún lugar de la casa. Empezó su búsqueda debajo del fregadero de la cocina. No había nada parecido a una herramienta en esos armarios. Durante un tiempo habían estado guardadas allí. Dudó unos segundos hasta que recordó que el mes anterior las había trasladado al garaje.

Salió a la calle y abrió la puerta de la cochera con cuidado. Solo se podía abrir desde fuera, no tenía acceso interior, y la puerta rechinaba al subir, tendría que engrasarla. Los arreglos se le empezaban a acumular. Gina se habría quedado dormida nada más posar la cabeza sobre la almohada, por lo que para no despertarla abrió la ruidosa puerta solo hasta la altura de la cadera. No le costó mucho doblarse y pasar a través de la apertura. Su incipiente barriga aún no le impedía calificarse como «en buena forma».

Había una caja de herramientas en una estantería, pero dentro no estaba el martillo orejero. Tras rebuscar por todos los rincones lo encontró tirado en el suelo. Algún día tendría que empezar a ser más ordenado. En él, el tópico de hombre que iba dejando las cosas olvidadas despreocupadamente, se hacía carne. Excepto en lo que respectaba a sus calcetines y calzoncillos, que siempre metía en el cesto de la ropa sucia, a esos extremos de desidia no había llegado.

Con la herramienta en la mano volvió al desván y bajó la escalera plegable. Procuró no hacer ruido, aunque sin éxito, cada vez que colocaba un pie en algún escalón este crujía como si quisiera delatarlo. Se paró unos momentos en el cuarto peldaño intentando captar alguna señal de que Gina se hubiera despertado. Silencio. Todo parecía en orden. Rápidamente subió los escalones que faltaban ignorando sus agudas quejas. A tientas, sin la ayuda de su pequeña linterna, buscó la cadena

del interruptor. La encontró en el tercer manoteo perdido al aire.

Los pelos de sus brazos se pusieron de punta. La estancia estaba helada. Se había dejado la ventana abierta. Antes de cerrarla, sacó la cabeza y aspiró una bocanada del aire húmedo de la noche. Notó cómo bajaba por su tráquea y sus pulmones, tan refrescante como la limonada que preparaba su madre en verano. Le encantaba esa sensación. Después, impaciente, se dirigió a la caja de embalaje con el ansia cosquilleándole en el vientre.

La rodeó con cuidado, examinándola con atención, estudiando cada lado varias veces y pasando la mano por encima para comprobar que no hubiera más inscripciones. Se rio un poco de sí mismo. Cualquiera pensaría que estaba estudiando cómo abrir la caja fuerte del tren del dinero.

— ¡A por ella! — se animó.

Tal vez dentro no hubiera nada espectacular, pero esa caja había realizado un largo trayecto desde 1968, y la posibilidad, por pequeña que fuese, de saber un poco más de su contenido, le aceleraba el corazón.

Por favor, una figurita egipcia.

Cogió el martillo con decisión y aplicó las orejas a los clavos. Había ocho, dos en cada esquina. El primero saltó en cuanto aplicó algo de fuerza. Su compañero opuso una férrea resistencia. Los cuatro siguientes salieron con facilidad, le bastó con tirar ligeramente de ellos para que se soltaran de la madera sin problema. Solo tenía que retirar los dos últimos y por fin podría ver qué contenía. El martillo tiraba del clavo, y él tiraba del martillo, pero el clavo seguía incrustado sin ceder. Apoyó la pierna en la caja y tensó los músculos.

— ¡Sal, maldito!

El clavo, obedeciendo su orden, salió de golpe junto con la tapa y su compañero provocando que George diera con el culo en el suelo.

— ¡Joder! — gritó cuando notó un ligero dolor en la rabadilla.

La caja estaba abierta.

Acariciándose las doloridas nalgas y con más curiosidad de la que hubiera creído posible, miró dentro.

Protegida con papel de embalar había una caja negra del tamaño de un joyero. La sacó sujetándola frente a sus ojos. Era negra, rectangular y de madera. El barniz se había levantado en varios lugares y alguna esquina estaba astillada. Sin embargo, mantenía un suave brillo y sus adornos de oro labrado relucían incluso bajo la tibia luz de la bombilla. Se cerraba con un delgado pasador de plata que tenía un símbolo en forma de uve invertida. Atravesaba dos arandelas plateadas, parecidas a pequeñas hembrillas, una situada en el frontal y otra en la tapa, que quedaban alineadas al cerrarse la caja. La mezcla de plata y oro resultaba curiosa y atrayente. La sopesó en sus manos y la agitó suavemente a la altura de su oreja derecha. Era liviana y no sonó nada en el interior. Expectante y nervioso quitó el delicado pasador.

Nada.

Abrió la tapa y no halló nada dentro. No había figuritas, ni egipcias ni de ningún tipo. Solo una caja vacía. Bonita aunque vieja. Una decepción.

Se fijó en los adornos dorados que ribeteaban los extremos de la caja. Distinguió un escarabajo y las típicas figuras egipcias de hombres en posturas imposibles, además de otros símbolos que no reconoció. Seguramente la caja misma era egipcia. Hubiera preferido una estatuilla con forma de chacal a una caja bonita pero desportillada. Y no debía olvidar que tal vez no fuera más que una caja que se vendía por miles a los turistas, una bagatela.

—¿George?

La voz de Gina llamándole desde abajo lo asustó, sus manos se abrieron un instante y la fina aguja de plata que mantenía la tapa cerrada, se escurrió entre sus dedos. Con la misma facilidad con la que resbala una canica por una lámina recién pulida, rodó por el suelo hasta perderse de vista debajo de unas cajas.

—¡Por Dios, Gina, qué susto! —gritó.

—Me despertaron unos ruidos. ¿Estás abriendo la caja? ¿Hay algo interesante?

—Una especie de joyero.

—¿Es bonito?

George torció el labio.

—Sí. Aunque acabas de hacer que pierda el pasador con el que se cierra. Si se ha metido entre las rendijas del suelo no lo volveremos a ver.

—¿Tiene algo dentro ese joyero? —George notó la excitación en la voz de Gina.

—No.

—¡Oh! Pues entonces me vuelvo a la cama. No tardes. Y no olvides cerrar la ventana, siento correr el aire hasta aquí abajo y hace mucho frío.

—En cuanto encuentre el pasador, bajo.

Gina no le contestó. George aguzó el oído y oyó cerrarse la puerta del dormitorio.

Un escalofrío, furtivo como un ladrón, recorrió su cuerpo. Su mujer tenía razón, hacía mucho frío. ¿No había cerrado la ventana? Luego lo comprobaría, ahora tenía que encontrar el pasador. Si la caja tenía algún valor no quería perder una pieza la misma noche en que la había encontrado. Movi6 las cajas cercanas a un lado y a otro pero la aguja de plata no apareció. Estaba seguro de que se había colado entre las juntas de las maderas del suelo. Encendió su pequeña linterna-llavero y dirigió el haz de luz entre ellas sin resultado. Decidió posponer la búsqueda hasta el día siguiente. A la luz del día y con una linterna más potente, incluso con la ayuda de Gina, sería más fácil de encontrar. Mientras, investigaría en internet. Tal vez encontrara algo interesante sobre esa caja. Con cuidado la metió dentro de su embalaje de toscos maderos y colocó la tapa desclavada encima.

Volvió a sentir el frío revoloteando a su alrededor.

—La ventana —se dijo.

Pero cuando se acercó hasta ella comprobó que estaba perfectamente cerrada. Debía de subir corriente de la trampa. Bajó la escalinata sin prestar mucha atención a las sonoras protestas de los escalones y la subió de un golpe con prisa por llegar al salón.

De nuevo frente a su portátil, movió el ratón sobre la alfombrilla con la imagen de las caras sonrientes de él y su mujer (el regalo de Gina de su último aniversario, las indirectas que le había soltado mencionando unas entradas para el baloncesto no habían servido para nada) y desapareció el salvapantallas en negro del ordenador. Sopesó qué palabras poner en Google. ¿De qué datos disponía? Pensó un instante y escribió: «museo historia antigua Londres Egipto».

Lo tecleó y Google le respondió con cerca de 84.000 resultados. El primero, la propia página del Museo de Historia Antigua de Londres, era prometedor y pinchó sobre él. Entonces una pregunta le aguijoneó. Si la caja pudiera ser valiosa, ¿tendría que comunicar su descubrimiento? Apartando la pregunta de su cabeza, abrió en otras pestañas los siguientes tres resultados que había arrojado el buscador de internet. Primero buscaría información y decidiría después qué hacer, si resultaba que había algo que decidir.

Tras echar un vistazo ligero, cerró la primera página. En la segunda, dedicada por completo a la colección egipcia del museo, tampoco encontró nada relevante.

Se disponía a clicar con su dedo índice en el ratón para dirigirse a la siguiente ventana, cuando una sedosa y oscura brisa, como la que levanta el ala de un murciélago, barrió sus brazos. El vello se le erizó.

Un sonido suave y sibilante, que recordaba a una serpiente enroscándose sobre sí misma, le acechó por la espalda. Se giró con brusquedad y con el corazón acelerado. No había nada.

La brisa lo recorrió otra vez, más fría, más enérgica. El sonido volvió a él. Más fuerte, más rápido, más profundo, más cercano. Se giró hacia el otro lado.

Nada.

Intentó controlar el escalofrío que empezaba a nacer al final de su espalda. Una pequeña gota de sudor resbaló por su frente dejando pequeñas moléculas de sal por sus poros. Estaba asustado. Se sentía estúpido por ello. Pero ¿acaso ese viento no tenía algo especial? Algo no aleatorio, firme, con voluntad.

Un murmullo frente a él. Se giró. Nada.

Sonó a su derecha, a su izquierda, a su derecha otra vez. Él se volvió buscando su origen con desesperación.

Nada.

A sus pies la temperatura descendió rápidamente, como si hubieran abierto la puerta de un congelador en el suelo. Miró hacia abajo. Nada. Algo le susurró a su oído izquierdo. Se quedó paralizado. No distinguía los sonidos, solo rumores indescifrables. Notó cómo su oreja se quedaba fría y húmeda, igual que ocurría al acercarse a un lago helado en invierno. Un aleteo le removió el cabello.

Apretó los puños hasta notar las uñas clavadas en sus palmas, aferrándose a ese dolor para no moverse, para no mirar. Algo dentro de él le decía que no debía hacerlo. Pero tenía que mirar. Tenía que ver. Giró con cautela las pupilas a su izquierda.

Nada.

Su corazón no paraba de latir con fuerza. El sudor salpicaba su frente y sus manos a pesar del frío en la habitación. No había nada y, sin embargo, había algo. Desconocía cómo se sentiría la presencia de un fantasma pero esto se parecía mucho a la idea que tenía de ello. ¿Por qué demonios pensaba en fantasmas? Halloween, debía de ser por eso.

—Los fantasmas no existen —afirmó con vehemencia agarrándose a los reposabrazos de su silla.

Un pequeño grito, afilado, siniestro, sonó sobre su cabeza y la temperatura bajó hasta el punto de que pudo ver salir su aliento en forma de humo blanco. Con la desesperación de los peces fuera del agua, empezó a boquear el frío aire.

Saltó de la silla sin apartar la mirada del techo, donde no había nada. Rebuscó con la mirada por toda la habitación. Estaba vacía. Solo estaba él. Nada más. La sala estaba...

...vacía.

2

—¿Has oído eso? —le preguntó soñolienta al vacío costado de su cama.

Extendió el brazo buscando a George. Entreabrió los ojos, el reloj electrónico de números rojos marcaba las 23:38. Seguramente seguía entusiasmado con su nuevo hallazgo. Volvió a cerrar los ojos. Aún tenía que dormir muchas horas para recuperarse. Una buena noche de sueño y un desayuno en la cama le valdrían tanto como un fin de semana en un *spa*. Las tortitas de George eran las mejores, capaces de resucitar a un muerto.

Su pensamiento se empezaba a nublar entre zumos de naranja, nata y café caliente recién hecho, cuando oyó otro ruido. Un golpe. Esta vez estaba segura.

—¿George, eres tú?

Nadie contestó. Se incorporó en la cama con una creciente incertidumbre.

—¿George?

Silencio.

Los ojos se negaban a abrirse anestesiados por el sueño interrumpido. Volvió a llamar en la oscuridad, gritando el nombre con fuerza para asegurarse de que la oyera aunque estuviera en el desván.

—¿George?

No hubo respuesta. La imagen de George caído al pie de escalera, inconsciente, tomó forma en su mente y la somnolencia se esfumó.

—¿George?

Apresurada, vistiendo solo un fino sujetador y unas pequeñas braguitas que dejaban escapar el calor de su cuerpo, corrió hacia la puerta y puso la mano en el picaporte. La madera vibró empujada con fuerza desde el exterior. Gina se estremeció y retiró la mano.

Una corriente de aire frío se deslizó por la rendija inferior y se arremolinó en sus tobillos desnudos. Su corazón latió

desbocado ante una amenaza que no pudo concretar. Volvió hasta la mesilla de noche, cogió el revólver de George, un Colt de calibre 38, y fue a abrir la puerta. Lo hizo lentamente, reticente, esperando a cada momento una nueva vibración que no se produjo.

Encendió la luz del pasillo. La trampilla del desván estaba cerrada. Descendió las escaleras llamando a su marido cada dos pasos y apuntando con el arma a la altura del pecho. Si George aparecía comiendo un helado se iba llevar un susto de muerte y después se reiría a carcajadas. Pero George no contestaba.

Se habrá quedado dormido en el sofá. Le voy a despertar...

Cuando llegó al salón Gina pulsó el interruptor de la luz principal, una araña de cristal que no se encendió. Ninguna de sus ocho bombillas se encendió.

Se le encogió el estómago y los músculos de su frente empezaron a contraerse.

—¿George? —Su voz se había vuelto aguda e imprecisa—. Si me estás gastando una broma, no me hace ninguna gracia.

No era ninguna broma. Su marido no contestaba y un presentimiento le decía que no se estaba burlando de ella.

Al darse la vuelta para ir a buscar a George en la cocina...

...leche caída, George tirado en el suelo sufriendo un infarto. George en manos de unos ladrones, atado a una silla...

...por el rabillo del ojo vio una sombra en una de las paredes del salón, una gran mancha oscura. ¿Marrón, negra? La luz del pasillo no dejaba más que intuirlo. Entró y encendió el pie de luz que había en la esquina junto a la cadena de música.

Rojo oscuro, brillante y húmedo. Ese era el color que manchaba la pared. Y la pared contigua. Y el techo. Y el ordenador. Y el suelo. Y las mesitas.

Quiso gritar, pero no pudo. Pasaron muchos minutos antes de que pudiera expulsar el grito que se había quedado atascado en su garganta como un hueso de melocotón.